

jamás tomada de Pancho Villa.” También añade: “El encabezado en sí mismo implica una reflexión sobre la imagen y su pie de foto es el antecedente más temprano que conocemos sobre la importancia que alguien le concedió a esa fotografía”, que ya había sido publicada con anterioridad el 5 y el 7 de febrero de 1914 por los semanarios *Leslie's* y *Collier's*, respectivamente.

Asimismo, señala que el editor de la revista *Leslies's*, el señor Splitstone, tal vez nunca imaginó que estaba poniendo en circulación la que habría de convertirse en la fotografía más famosa de Pancho Villa.

De esta fotografía se dijo que era la entrada triunfal de Villa a Torreón, luego, que era la de Zacatecas. El archivo de Otis Aultman en la biblioteca pública de El Paso, Texas, señala que es de la campaña de Ojinaga y que corresponde a la salida triunfal de la población.

De esta imagen salió la extraordinaria estatua ecuestre que estuvo en la desaparecida glorieta de Riviera y alojada actualmente en el parque de los Venados. Recuerdo que la escultura fue muy criticada porque presenta a Villa con la rienda en la mano derecha. Inmediatamente la gente supuso que Villa era zurdo o que el autor, Julián Martínez, había interpretado la imagen al revés. Nada de eso ocurrió, hoy sabemos que la fotografía tomada como modelo correspondía a una cabalgata realizada específicamente para el cine estadounidense, que se tomó cerca de Ojinaga, cuando aún no se libraba la batalla que arrojaría a los federales del territorio chihuahuense.

El libro es una delicia. La edición de la Editorial Océano tiene entre sus aciertos, haber puesto las notas a pie de página, una cronología que ubica al lector en los sucesos más importantes relacionados con

Villa y la revolución, así como la serie de fotografías que nos llevan a adentrarnos en trece años de imágenes de Villa: Villa visto por sus contemporáneos, recoge comentarios a pie de página de gente que lo conoció; otras en las que se describen las circunstancias históricas bajo las cuales se produjeron —a partir de 1911—, y los hombres alrededor de Villa, que muestra a sus amigos y enemigos en distintas épocas y lugares del norte de la república o del centro del país.

Podría seguir extendiéndome en la minuciosa investigación de Miguel Ángel Berumen sobre la fotografía a la que atribuye el mito, del estupendo seguimiento que hizo de las noticias y sus deducciones, pero creo que, como en las películas, no hay que contar el final.

Guadalupe Villa Guerrero
INSTITUTO MORA

Eva Salgado Andrade, *El discurso del poder. Informes presidenciales en México (1917-1946)*, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, México, 2003, 563 pp.

Este libro de Eva Salgado aborda un tema importantísimo para la historia política: el discurso del poder en la etapa de nacimiento y consolidación del Estado posrevolucionario mexicano, el cual mereció, como tesis doctoral, el Premio en Lingüística Wigberto Jiménez Moreno del INAH en el año 2000.

Se centra en el discurso emitido por los presidentes, es decir, por los actores centrales del sistema político nacional del siglo XX, caracterizado por los especialistas como un Estado autoritario, cuya herencia cultural está aún viva pese a la sali-

da del partido hegemónico en el 2000. Lo dicho por los mandatarios es relevante no sólo, como bien dice Salgado, por ser emitido desde el poder, sino por reflejar las circunstancias de toda índole en las que se generó. Además, porque el Estado que formó la clase política revolucionaria y posrevolucionaria batió un record mundial: fue el más longevo del siglo XX, pero, sobre todo, porque se trata de un estudio interdisciplinario que aborda parte de la historia del siglo XX mexicano, de una memoria colectiva que, diría Paul Ricoeur, sufre de olvido por parte de los historiadores. Es una contribución a la historiografía del siglo pasado.

Más que ninguna otra, la historia del siglo XX sólo puede hacerse desde perspectivas interdisciplinarias. Es decir, tomando prestados conceptos teóricos y metodologías de otras áreas del conocimiento, como la antropología, la etnografía, la sociología, la economía y, también, este libro lo muestra ahora: de la lingüística. La autora hace un interesante análisis de ciertos textos escritos por ocho presidentes (de Venustiano Carranza a Manuel Ávila Camacho) en 18 años. La empresa exigió una selección rigurosa que volviera manejable la investigación, pero sin perder la sustancia. Para ello, eligió como materia de análisis la parte inicial y final de los informes que estos ex mandatarios rindieron al Congreso de la Unión. El acotamiento se justifica porque el caudillismo-presidencialismo mexicano construyó con la lectura de estos mensajes uno de los rituales más simbólicos de la vida política. Por la fuerza real o potencial de los emisores de estos discursos, un simple acto republicano, consistente en rendir cuentas del trabajo del ejecutivo ante los representantes populares, cuando estos inician su periodo or-

dinario de sesiones, se convirtió en un momento cumbre del presidencialismo. A tal grado llegó el culto a la personalidad en su versión mexicana que para finales del siglo XX los informes no sólo se transmitían en cadena nacional por radio y televisión a toda la república, sino que además el 1 de septiembre llegó a ser día feriado para las filas de la burocracia. Sin duda los textos seleccionados son “un corpus privilegiado”.

El discurso, objeto de estudio eminentemente interdisciplinario, ha sido un polo de atracción para las ciencias sociales, las humanidades, el psicoanálisis y también para la historia. Las herramientas utilizadas por los oficantes con el fin de desmenuzarlo varían de disciplina a disciplina, pero sin dudarle, la metodología usada por Salgado, sobre todo por lo que se refiere al recorte de “material documental”, resulta sugerente para los interesados en la historia, en especial para quienes desean trabajar periodos más amplios.

El discurso del poder... arroja luz sobre la vida política, los actores sociales, los incluidos y los excluidos, sobre las ambiciones, afanes, proyectos, angustias, dificultades, tropiezos, justificaciones y mentiras dichas desde la presidencia con objeto de ganar legitimidad, de conseguir un espaldarazo. En una sociedad en la que el voto y el ejercicio de las libertades democráticas no eran las fuentes de legitimación política, el discurso y, en este caso, el convertido en un acto ritual y conmemorativo, jugaba un papel central en la construcción de una ideología, en la creación de una “memoria impuesta”. Hemos visto casos extremos de este abuso en los regímenes totalitarios: los mandatarios hablando durante horas ante una multitud sometida a escuchar la voz del amo del poder.

En México no se llegó a estos excesos, pero el informe presidencial, como se señaló antes, constituyó uno de los momentos supremos en los que el presidente en turno hacía gala de su poder.

La contribución de Eva Salgado en materia de historia política radica en develar, como afortunadamente ya lo han señalado algunos historiadores revisionistas, que durante los años que estudió (1917-1946) el presidencialismo no era tan poderoso ni tan fuerte como se creyó en la década de los setenta. Que no bastaban los poderes constitucionales, metaconstitucionales, ni la eliminación violenta de los adversarios para que los presidentes dominaran el escenario. Así, nos encontramos con los años en los que se fue construyendo el Estado fuerte y la figura presidencial casi omnímoda que llegaron a tener en la segunda mitad del siglo XX.

A través de la lectura de este libro podemos acceder a las diferentes modalidades e incluso a los caminos que trataron de imponer los habitantes del Palacio Nacional con miras a una ideología construida con el afán de crear una identidad, capaz de unir a los gobernados con la clase política, de construir una nación profundamente dividida por la lucha revolucionaria, la guerra crítera y en controversia casi permanente con los líderes de un ejército surgido de la revolución. En este trabajo la autora realiza un análisis acucioso de los discursos con las herramientas lingüísticas y nos brinda un texto muy bien escrito que, sumado al humor casi permanente, constituyen una invitación a leerlo.

Podemos seguir el itinerario que recorrió la construcción del panteón de los héroes revolucionarios en el que los muertos, por razones obvias, ocuparon desde un inicio un lugar destacado. En primer lugar,

Madero, asesinado por los “traidores” huertistas, más tarde Obregón, exaltado por Plutarco Elías Calles en su informe de 1928 como “el gran desaparecido”, quien paradójicamente ascendió al olimpo por haber muerto en un atentado cometido por un fanático religioso. Es interesante apreciar cómo mediante el elogio a Obregón, Calles trata de hacer evidente su inocencia frente al asesinato de su predecesor, del cual parte de la opinión pública lo culpaba. La urgencia de Carranza por ponerse del lado de Madero, y luego la de Calles por situarse junto a Obregón, exaltándolos, buscaban cumplir con un “deber de memoria” hacia las víctimas. De esta manera deseaban justificar la violencia y la imposición de sus proyectos e introducir una memoria impuesta, una ideología que lograra el consenso nacional en el nombre de “la historia justiciera”.

Queda claro que las proezas gramaticales de Calles, sólo comparables con las de Carranza, obedecían a la necesidad urgente de evitar la caída del grupo en el poder. El coahuilense presentando a Estados Unidos como un enemigo que amenazaba la estabilidad, amenaza real que sería utilizada como herramienta retórica para lograr la unidad nacional. Calles vendiendo la idea de crear instituciones y partidos fuertes, capaces de dirimir las luchas por el poder en momentos en los que los revolucionarios se aprestaban a pelear por la silla presidencial vacante a causa del asesinato de Obregón. Los excesos retóricos contrastan, en cambio, con la parquedad de Lázaro Cárdenas. Esta no fue sólo producto de un estilo propio, sino que nacía de la certeza proveniente del respaldo popular, sin intermediarios, del que el michoacano gozó después de 1935, y de la independencia que le dio no tener que apoyarse

sólo en la fuerza del ejército para mantenerse en Palacio Nacional o de depender de la simpatía del “Jefe Máximo”.

El fin del periodo estudiado culmina precisamente con Manuel Ávila Camacho, el último presidente militar después de Álvaro Obregón (1920); es decir, con el cierre de las heridas abiertas por la revolución, la guerra contra los católicos, las expropiaciones cardenistas, la resolución de los conflictos con Estados Unidos. De ahí que la institucionalidad y la conciliación predominen en los informes presidenciales de sus años de gobierno, que aparezca la revolución sacralizada, muerta, convertida sólo en referencia obligada para los triunfadores, y una “Patria” que lucha del lado de los Aliados contra Alemania, Italia y Japón durante la segunda guerra mundial. El discurso de la unidad nacional, plano, sin matices, se convierte en moneda corriente. Significa la exaltación de la heroicidad, del sacrificio frente a lo que hay que construir; es un tratar de borrar, olvidar las diferencias, de dejar en segundo término las discrepancias en aras de la “unidad fraterna”.

El texto de Eva Salgado muestra con gran profesionalismo una manera de abordar la historia de México a través del análisis del discurso, pero desde la perspectiva lingüística, aunque en realidad en el manejo de la información e interpretación que hace hay mucho de oficio historiográfico. Por ello el libro se mueve en el ámbito de lo interdisciplinario: entre la lingüística, con su propio método de análisis, y la historia, aportando el conocimiento de las circunstancias y la interpretación del discurso a partir de ellas.

María del Carmen Collado H.
INSTITUTO MORA

José Juan Rodríguez Vázquez, *El sueño que no cesa. La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940*, Ediciones Callejón, San Juan, 2004, 524 pp.

LA NACIÓN COMO SUEÑO INTELECTUAL

Un interesante trabajo de historia intelectual que ensaya la génesis del discurso nacionalista puertorriqueño, a partir de un enfoque no eurocéntrico, es el que nos presenta José Juan Rodríguez Vázquez. Desde el título de la obra el autor comienza a plantearnos sugerentes reflexiones sobre la nación: antes de construir la comunidad imaginada, existe la comunidad soñada, la nación deseada.

El análisis se articula en torno a la idea de nación planteada por los intelectuales puertorriqueños, quienes generaron diversos discursos nacionalistas a partir de la invasión estadounidense de 1898, discursos que fueron transformándose y que, durante el periodo 1920-1940, se encontraron en el centro del debate intelectual y político.

Sin embargo, no se trata de estudiar los discursos nacionalistas de forma aislada, sino de escudriñar cuál era la dinámica del cambio discursivo en un contexto colonial. Para dicho propósito, el autor sigue los planteamientos metodológicos que Partha Chatterjee desarrolló para el estudio del nacionalismo. Básicamente, la dinámica del discurso nacional pasa por tres momentos ideológico-políticos: arranque, movimiento y llegada. En la fase de arranque el discurso nacionalista se erige en crítica del sistema colonial, mientras que en la de movimiento busca transformar políticamente el orden establecido, además de que el letrado se convierte en político.